

Alfonso Múnera: *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el Siglo XIX colombiano*, Bogotá, editorial Planeta, 2005, pp. 225.

Alonso Valencia Llano¹

El libro que voy a presentar es otro de los ejercicios académicos polémicos que caracterizan la obra de Alfonso Múnera. Y lo es porque tiene un punto de partida que se convierte en una verdadera provocación para los que estudiamos la difícil conformación histórica de la nación colombiana: inicia su estudio con el planteamiento de ser Colombia un país en crisis; crisis de un presente que evidencia que sus dirigentes fueron incapaces de solucionar los problemas que arrastraron del pasado y que se manifestó y manifiesta en múltiples expresiones de violencia. Polémico, además, porque señala una falencia historiográfica: muchos historiadores nos refugiamos en la historia económica y social y dejamos de lado el estudio de la historia política colombiana, marchando en contravía de lo que sucede en países como México y Perú donde la historia política muestra avances importantes, al encontrar nuevos actores, nuevos problemas y nuevas miradas, que se convierten en verdaderos apoyos teóricos y metodológicos para quienes pretendemos encontrar en el pasado explicaciones para nuestro conflictivo presente.

Todo esto le permite al autor materializar una hipótesis de búsqueda que parece constituir la espina dorsal de la presente propuesta historiográfica:

La nación no fue más el resultado “natural” del proyecto de unas élites criollas nacionales; por el contrario, los conflictos raciales y étnicos, las viejas tensiones regionales y las visiones de género ocuparon en el discurso histórico el lugar de predominio que habían tenido en la historia real de la construcción de las naciones latinoamericanas.²

Esta observación le permite sustentar una crítica interesante acerca de la forma en que los pocos historiadores que abordaron la historia política se refirieron a los “hechos fundacionales de la nación”: ellos –David Bushnell, Anthony McFarlane, Marco Palacios, Frank Saford, principalmente autores de grandes síntesis– ignoraron a los sectores populares y destacaron, ante todo y prácticamente en forma única, a las élites coloniales y republicanas ilustradas como protagonistas

¹ Profesor titular Universidad del Valle

² Alfonso Múnera: *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el Siglo XIX colombiano*, Bogotá, editorial Planeta, 2005, p. 15.

de una historia que tuvo como resultado la creación de la nación. El autor destaca, desde luego, a otra generación de estudiosos nacionales y extranjeros que vincularon en sus proyectos historiográficos y sociológicos a los sectores populares como subalternos de las élites con las que participaron en los proyectos de creación de la nación, sin olvidar sus conflictos internos, sus peculiaridades regionales, su conformación étnica, etc.; se trata de Cristina Rojas, Mary Roldán, Nancy Appelbaum, Claudia Steiner, Brooke Larson, o James Sanders quienes materializaron la participación histórica de los subalternos mediante el estudio de en una trilogía que los caracteriza: los aspectos de raza, región y nación. De estos autores rescata Múnera estos tres elementos, que son los que le dan unidad problemática al presente libro, y que son encontrados por él en “la relación de los discursos de las élites criollas colombianas del siglo XIX sobre raza y geografía con la construcción de la nación y, por otra parte, la participación de grupos de subalternos en dicho proceso de formación nacional.”³ Esta unidad problemática es sustentada en nueve claves explicativas que constituyen los ensayos del presente libro.

En siete de estos ensayos el autor pone en descubierto la construcción discursiva de un ámbito geográfico creado por los intelectuales criollos de las áreas andinas. Se trata de un discurso que se volvió dominante entre las élites y que logró imponerse no sólo por las imágenes de superioridad territorial de los altiplanos frente a las tierras llanas, las selvas y las costas, sino también por la racial de los habitantes de aquellos territorios sobre los indios, negros, mulatos, mestizos e, incluso, sobre los blancos de las costas y zonas de frontera.

Estas imágenes las encuentra el autor en textos de Francisco José de Caldas y de José Ignacio de Pombo, dos ilustres payaneses exiliado uno en Santafé y otro en Cartagena, quienes trataron de construir una imagen geográfica acerca de la nación que ellos imaginaban desde antes de la independencia. El argumento a destacar es que estos intelectuales criollos buscaban darle sentido a un territorio fragmentado y ocupado por razas diversas como lo eran los de la Nueva Granada, en los cuales el dominio geográfico estaba en los altiplanos andinos y la superioridad social en la raza blanca, argumentos que después fueron detalladamente ampliados por José María Samper a mediados del Siglo XIX. Para Múnera esto, que estaba en el fondo del mito fundacional de la nación neogranadina y en su consolidación, chocaba con una realidad: la fragmentada geografía llevó aparejada la diversidad social que creó grupos culturalmente distintos y económicamente autónomos que se relacionaban entre sí, a veces en forma conflictiva, obedeciendo a los intereses de las élites regionales que permanentemente buscaron expandir su dominio.

Para el autor es claro que la visión de la geografía humana construida por la élite, se debía a la influencia de pensadores europeos sobre los criollos en el sentido de explicar las diferencias raciales por los factores climáticos. Esto llevaría a un trasfondo ideológico que buscaría plantear las diferencias raciales que ellos

³ *Ibíd.*, p. 21.

encontraban en diferentes espacios geográficos neogranadinos como una especie de involución degradante de la raza humana originariamente creada por Dios. De esta manera se explicaría el elemento racial más fuerte de los intelectuales neogranadinos: la superioridad de su raza blanca y de su territorio sobre los habitantes de otros espacios. Estas críticas son sustentadas, una a una, son sustentadas por Múnera en una serie de artículos y ensayos soportados teóricamente mediante una bibliografía de mucha actualidad y unas fuentes que no dejan duda alguna acerca de la calidad académica de sus escritos.

Así en su artículo sobre José Ignacio de Pombo y Francisco José de Caldas,⁴ el autor inicia mostrando los lazos de unión existentes entre estos dos pensadores ilustrados del periodo inmediatamente anterior a la independencia:

- a. En ellos era común el rechazo a la educación tradicional que se impartía en los colegios y universidades de Popayán y Santafé a la que no dudaban en calificar de “poco útil”.
- b. También fue común en ellos el desarrollo de un pensamiento ilustrado con grandes referencias a los filósofos europeos y entroncado con quienes en América buscaban entender una realidad diferente a la que ofrecía la tradición colonial. Destacan en esto las relaciones en América con dos científicos europeos, Humboldt –de paso por América- y Mutis, residente en Santafé.

En estos dos pensadores ilustrados Múnera encuentra las raíces de la construcción de una geografía humana, muy influida por autores franceses, que sustentaría las diferencias de superioridad geográfica y racial eurocentrista que caracterizaría las propuestas de la élite neogranadina posterior a la independencia. En el caso de Pombo el interés particular por la geografía tiene estrecha relación con sus intereses en el Consulado de Comercio de Cartagena, intereses materializados en propuestas que a menudo no eran tenidas en cuenta por las autoridades virreinales debido a los celos frecuentes entre la élite comercial de Cartagena y la burocracia de Santafé.

Varias de estas propuestas materializadas en escritos desaparecidos las encuentra Múnera al revisar la correspondencia que sostuvo Pombo con Mutis. Destaca entre ellas la elaboración de un nuevo plan educativo, en el que la enseñanza de materias prácticas haría la felicidad de los habitantes y permitiría la consolidación de una sociedad caracterizada por el libre comercio que pondría fin a las usuales prácticas comerciales cartageneras, caracterizadas por el contrabando y el parasitismo económico materializado en la dependencia del situado fiscal. Se trataba de una propuesta de desarrollo capitalista, muy influenciada por los economistas ingleses, que trajo aparejada la de la abolición de la esclavitud y de la servidumbre para construir una sociedad de pequeños productores. Propuestas de este tipo pretendían colocar a Cartagena en el centro

⁴ Ver el artículo “José Ignacio de Pombo y Francisco José de Caldas: pobladores de las tinieblas”, en *Ibíd.*, pp. 45- 88.

de un espacio geográfico en el cual Pombo y sus amigos comerciantes esperaban consolidar un espacio de desarrollo socioeconómico con mayor autonomía frente a la capital del virreinato.

Pero, contrariamente a lo que se esperaría de una persona que hacía propuestas de desarrollo similar al europeo, Múnera encuentra que se trataba de personas presas de los valores sociales tradicionales de su grupo, pues Pombo solicitó de la Corona títulos nobiliarios españoles y expresó, además, su constante temor frente a una revolución de los negros esclavos que podrían seguir el ejemplo de Haití, lo que fue expresado claramente por el autor: “Su prédica de las bondades del mestizaje tuvo una de sus causas en el deseo de hacer desaparecer lo que consideraba <<la amenaza negra>>”,⁵ amenaza que pareció confirmarse a partir de 1811 cuando la élite que él lideraba buscó una autonomía relativa frente al Virreinato, autonomía que les permitía conservar su fidelidad a la corona. El rechazo de este proyecto por parte de las autoridades coloniales y una mayor participación política de los sectores populares llevaron a una independencia en la que mulatos y mestizos tuvieron una destacada participación caracterizada por enfrentamientos raciales con la élite.

A pesar de las contradicciones que se puedan encontrar en los proyectos de Pombo, es bueno destacar, como lo hace Múnera, que él fue iniciador de una corriente liberal que sustentó sus propuestas modernizadoras en una visión geográfica eurocentrista que mostraba a los habitantes no blancos de los territorios americanos como semibárbaros. Esta visión, que encajaba muy bien en las miradas de la ilustración europea, es bastante diferente de la que expresó otro ilustrado, Francisco José de Caldas, con quien Pombo estuvo relacionado.

Mucho más radical en sus apreciaciones eurocentristas, Caldas no escatimó esfuerzos para mostrar la superioridad de los habitantes de tierras frías frente a los calentanos. Así los negros y mulatos son para él a expresión más acabada de la barbarie, la que se expresaría no sólo en descripciones físicas, sino también en prácticas culturales como el amor, los sentimientos, la violencia, la pereza al trabajo, o los rasgos físicos. Para él estas pruebas físicas y culturales de la barbarie probaban a la vez la certeza de esa visión de la geografía humana que predicaban los ilustrados franceses Georges Louis de Buffon y Corneille de Paw, que fueron discutidas en América hasta imponer la visión eurocéntrica del mundo. El seguimiento de las teorías de Buffon fue lo que permitió a Caldas construir su visión geográfica del Nuevo Reino de Granada que se caracterizó por mostrar a todos los habitantes de los Andes, incluso a los indios, con desarrollos superiores a los que habitaban las tierras cálidas, visión que es debatida punto por punto por Múnera y que él encuentra como la base del proyecto de ciudadano que construiría la élite republicana durante el Siglo XIX, que de todas maneras vería a los indios “como restos insignificantes de un pasado de grandeza, obstruido en su desarrollo por la conquista española”, y lo más importante para el autor: el hecho de reconocer la existencia de la superioridad de los indios del interior no produjo en el pasado, ni produce en la actualidad, un cambio en la relación con ellos, a

⁵ *Ibíd.*, p. 60.

quienes las élites no les conceden trato de igualdad, “por el contrario, en la vida cotidiana, los indios de la cordillera han sido explotados y tratados como pueblos bárbaros, a los que nada tienen que envidiar los de las costas ardientes.”⁶

Lo interesante en estos ensayos es que el autor encuentra en Pombo y Caldas los fundamentos de una nación que las élites intentarían construir excluyendo al 80% de la población, exclusión que produciría procesos de resistencia que sólo en los últimos años han comenzado a ser reconocidos y estudiados.

Nuevas influencias europeas, que seguían sosteniendo la superioridad de los blancos, llevarían a que las élites neogranadinas vieran en el mestizaje el medio para que las razas que ellos consideraban inferiores lograran los atributos intelectuales y físicos de los blancos. Todo, como lo demuestra el autor, buscaba sustentar un discurso discriminatorio que clasificaba las regiones de Cundinamarca, Antioquia y Popayán como dominadas por los blancos, y a las otras por negros, indios y mulatos. Se trataba de un discurso tendiente a ocultar una realidad: que en las regiones mostradas por su clima como superiores existía una mayoritaria población integrada por indios y mestizos, y que aún en las costeras, que consideraban regiones inferiores, la mayoría estaba compuesta por indios y mestizos y en menor términos por mulatos. Ese discurso, que se convirtió en el soporte de la propuesta elitista de mestizaje, buscaba mostrar que la fusión racial socializaría la tendencia civilizadora de los blancos y eliminaría la propensión a la barbarie de las razas que ellas consideraban inferiores.

Lo interesante es que la tendencia a la mezcla de razas trajo aparejadas nuevas discriminaciones. El autor muestra que intelectuales como Miguel Samper o Salvador Camacho Roldán intentaron mitificar la imagen del mulato como el más ventajoso de los resultados raciales del nuevo mundo, resultado muy superior al que ellos veían en el mestizo, al que consideraban inferior no solo física, sino también intelectualmente, algo que se debía a su ascendencia indígena. Destacaron en el mulato, además, su propensión a la actividad política puesto que consideraron que con una formación ideológica adecuada los harían útiles a la sociedad republicana, hecho que les permitía eliminar el temor a la guerra de castas.⁷ Esta relevancia de los mulatos implica para el autor la negación de los indígenas, románticamente idealizados en la época de la independencia por su pasado distante, que se tradujo en la consolidación de “el estereotipo de lo indígena como propio de pueblos indolentes, símbolos del atraso, irremediabilmente condenados por la estupidez y la ausencia de energías, incapacitados para el ejercicio de los mínimos derechos.”⁸

El paso siguiente que da el autor es el de negar que la Nueva Granada fuera una nación mestiza, idea que él dice haber sido acogida por muchos historiadores quienes aceptarían que desde las postrimerías del período colonial existiría un claro dominio numérico de los mestizos sobre otros patrones raciales.

⁶ *Ibíd.*, p. 77.

⁷ Ver descripciones de los mulatos en las páginas 35 – 38.

⁸ *Ibíd.*, p. 39.

A partir de su negativa a aceptar el censo de 1778 –80 como prueba de esta aceptación, Múnera muestra que muchas regiones del territorio seguían siendo dominadas por los indios y los negros, sin encontrar el dominio de una sociedad mestiza cuya existencia ha sido utilizada como el principal elemento para someter y suprimir a los negros y a los indios considerados las razas inferiores.

Otro elemento a destacar en esta obra es la calificación de los territorios no andinos como habitados por gentes de raza considerada inferior, calificación que va a estar presente en la conceptualización de la noción de frontera que construiría la élite y cuyo fin será la justificación de la conquista de territorios considerados inferiores con un fin modernizador.⁹ El mejor ejemplo lo presenta el autor cuando aborda el caso de Panamá que según Camacho Roldán, debería entregarse a blancos extranjeros como único medio para superar la condición de inferioridad de sus habitantes, en la cual incluyó a los blancos quienes se habrían degenerado por las condiciones geográficas del istmo. Se trataba, según propone Múnera, de la aplicación de un concepto de frontera y de racismo que aún está presente en nuestro país a pesar de lo que diga la constitución de 1991.

Debo decir que este es un ensayo muy bien logrado y en el que se ve cómo se aplican las propuestas teóricas del autor, quien se desprende de los “fervores patrióticos” que afloraron en el centenario de la independencia de aquella nación, para mostrar cómo la concepción de marginalidad que se les dio a aquellos territorios y de bárbaros a sus habitantes, hizo que Colombia perdiera la más importante de sus regiones, importancia que pasó desapercibida para unas élites gobernantes que imbuidas en su ideología centralista y excluyente, fueron incapaces de entender que Panamá era –dados los desarrollos capitalistas- una de las principales regiones del mundo. Es de destacar que Múnera mediante la aplicación de antiguas y modernas teorías sobre la frontera creadas para explicar realidades en México y Norteamérica, muestra con meridiana claridad como la concepción de Panamá como un espacio de frontera no tuvo el sentido mítico que tuvieron las fronteras norteamericanas para sus habitantes. Desde luego, sí se trataba de una concepción que, construida sobre la marginalidad de los territorios no andinos, sirvió para justificar la dominación de sus habitantes, en este caso por una potencia extranjera que tenía la justificación de sacar a sus habitantes de la barbarie que los geógrafos del siglo XIX veían en quienes ocupaban las regiones costeras que, además, se caracterizaban por no pertenecer a los sectores blancos de la población.

Esto no es más que una materialización histórica de las políticas de segregación racial que aunque parecen cosa del pasado, son mostradas por Múnera en su cruda realidad actual. Así, él ve, en los nuevos movimientos nacionalistas europeos, una reutilización del mito de la superioridad de las culturas europeas, sobre las que aparecen ante los eurocentristas como marginales y bárbaras, con el fin de mantener su supuesta pureza racial blanca base de su pregonada superioridad. Así, lo que consideramos un anacronismo, el conflicto racial, aparece con fuerza en nuestro presente con el fin de impedir la

⁹ Ver “Panamá: ¿La última frontera?”, en Múnera, ob. Cit. pp. 89 –128.

contaminación de occidente. Múnera, explica que esto es lo que justifica el cierre de fronteras para los inmigrantes de los pueblos pobres a los que los europeos siguen considerando bárbaros. De estas concepciones no escapa el presente colombiano, como lo muestra al señalar los aportes de historiadores como Jaime Jaramillo Uribe, quien al estudiar “El mestizaje y la discriminación en la Nueva Granada”, señaló las contribuciones del mestizaje en el desarrollo histórico de nuestro país. Esto, que aparece como una verdad bastante socializada, es para el autor la base de un mito de nuestra ideología que percibiría la historia nacional “como una historia de la tolerancia racial, despojada de sus características discriminatorias y creadora de un presente cuya condición principal, supuestamente, es su neutralidad racial.”¹⁰

Basado en un seguimiento histórico aplicado al Caribe, Múnera cuestiona estos planteamientos en dos sentidos: el primero en la validez de los censos coloniales que le daban una mayoría relativa a los mestizos incluidos en la categoría “libres de todos los colores” que, unidos a los blancos, harían la mayoría absoluta, dando una precaria importancia a los negros y a los indios; cuestiona que la categoría mencionada se acepte como el referente único del mestizaje ya que involucra una diversidad de relaciones raciales que está más relacionada con la legalidad fiscal colonial que con las características étnicas y, por supuesto y - con toda razón- duda de la objetividad de un censo que buscaba ante todo garantizar la efectividad fiscal de la racionalidad borbónica, como lo era el de 1788 – 1780, elaborado en momentos en los cuales en muchos sitios de América se cuestionaba una dominación que estaba empobreciendo a los sectores marginales de la población y que habría de explotar en las revoluciones comuneras. Múnera también hace evidente una de las finalidades de este censo: establecer el número de indios para, a partir de la negación de su existencia, repartir los resguardos disminuyendo el déficit fiscal de la corona. Este elemento es, en últimas, lo más destacable en la crítica de Múnera, porque le permite sustentar que lo único que le interesaba a la burocracia colonial era establecer el número de contribuyentes al fisco, por lo tanto deja de lado a muchos indios, negros y mulatos que se mantenían al margen del sistema y que eran imposibles de cuantificar dadas las dificultades que ofrecía la diversidad regional del entorno colonial granadino. Todo es sustentado en un novedoso análisis del censo, que al involucrar a los indios de los sitios de frontera y a los negros y mulatos libres y cimarrones, no tenidos en cuenta por los funcionarios coloniales, permite que el autor nos llame la atención sobre la precaución que debemos tener al utilizar los datos demográficos oficiales en la explicación de procesos sociales.

El autor también aclara que la utilización del mestizaje como elemento de la construcción nacional obedeció a un proyecto de la élite decimonónica, que a pesar de incluirlos veía que ellos estaban aún inmersos en un proceso precario, inacabado, que no bastaba para menguar los temores que aún existía frente a los negros y los indios considerados “amenazas y obstáculos” para alcanzar los niveles y desarrollos de la sociedad occidental. Estos dos elementos servirían para

¹⁰ Ver el artículo “En busca del mestizaje”, en Múnera, ob. cit., pp.129 – 152.

que la élite decimonónica predicara una supuesta tolerancia racial que, a la vez, les permitía conservar sus tradicionales privilegios frente a los negros, los indios y, por supuesto, los mestizos. La justificación de procesos de mestizaje nos llevan de nuevo a la costa caribe, a los comienzos del Siglo XIX, cuando Pombo realiza un cuestionamiento profundo a la esclavitud negra. Múnera muestra que el autor citado al ver la indolencia y la barbarie de muchos de los habitantes de la costa propone un acelerado proceso de mezcla racial “para que no haya más que una clase de ciudadanos en el orden común”.¹¹ Así el mestizaje aparece como el principal elemento del orden civilizador. La explicación a esta propuesta estaba en el desarrollo alcanzado en otros sitios del mundo con la constitución de sociedades libres, y en el surgimiento en Cartagena de una clase mulata, compuesta generalmente por artesanos, “que amaban las buenas maneras, que imitaban con pasión los gustos y los hábitos europeos y que padecían la obsesión de que se les reconociera como distintos de la “plebe” de negros, indios y mestizos sin educación”.¹² El medio propuesto para lograr este mestizaje era estimular la inmigración de europeos que al mezclarse con los indios y los negros disminuyera su peligroso número llevándolos por los caminos del orden civilizatorio europeo. Esta propuesta sería continuada por Samper y Camacho Roldán, quienes en representación de las mencionadas élites republicanas veían en el mestizaje el elemento constitutivo de una nación que mantenía la superioridad de los blancos, sin tener en cuenta que al excluir a las mayorías nacionales estaban condenando la nación que imaginaban al fracaso, como lo amplió Múnera la comienzo de este libro.

En la continuidad de sus ensayos, el autor enfoca su interés en los medios que se utilizaron durante el período de la independencia para vincular a los negros y mulatos en el proyecto republicano, inserción que fue negada en la constitución de Cádiz de 1812 pero reconocida en la de Cartagena del mismo año.¹³ Desde luego, se trató de una inserción lograda por los mismos sectores socialmente excluidos, quienes lograron el reconocimiento de una ciudadanía que sirvió para una rápida incorporación republicana de sectores medios educados, pero también para la construcción de sociedades mulatas y mestizas con relativo acceso al poder. Un buen ejemplo de esto se tiene en la exploración biográfica de un héroe popular, en este caso Pedro Romero, quien aparece negado en las visiones históricas de la independencia de Cartagena realizadas por historiadores tradicionales y modernos, quienes no solo dudan de su papel histórico, sino hasta de su conformación racial, pues tal parece que la única forma de aceptarlo en el pasado histórico atraviesa por una “limpieza de sangre” similar a las que se utilizaban en el período colonial.

¹¹ *Ibíd.*, p. 144.

¹² *Ibíd.*

¹³ Ver Pedro Romero: el rostro impreciso de los mulatos libres”, en Múnera, *ob. cit.*, pp. 153 – 174.

El libro concluye con una serie de análisis historiográficos a los cuales no me referiré, porque considero que el lector debe leerlos y formarse su propia opinión sobre ellos.¹⁴

Por todo lo anterior invito a la lectura de un libro de historia que nos ofrece una visión diferente de nuestra construcción nacional, y que sin duda se convertirá en un referente teórico y metodológico para cambiar la visión que tenemos de un presente cuya crisis se explica, como nos dice Múnera, por haber sido construido sobre siglos de exclusión y descalificación de los hombres que racialmente se diferenciaban de la élite blanca dominante.

¹⁴ “Las clases populares en la historiografía de la independencia de Cartagena, 1810 – 1812” y “Balance historiográfico de la esclavitud en Colombia”, en *Ibíd.*, pp. 175 – 225.